

CAPITULO XXV.

Reflexiones sobre la perfección con la cual fué dotado el elemento celular.

Es de fe (á la razón de quien cree en Dios no le repugna confesar) que Él en cuanto quiso crear las cosas, con la eficacia de sus palabras fueron hechas y fueron también buenas en sí mismas y para el fin para el cual las destinó su Criador: comprenden mejor las cualidades de las cosas los que las meditan detenida y atentamente cuando se ocupan de estudiar las ciencias que tratan de esas mismas cosas. Si cada una de éstas es buena en su naturaleza y para el fin á que está destinada, entonces hay en la Naturaleza incontables bondades que no dejando nunca de ser como fueron creados, se conserva la belleza y armonía en el Universo regido por leyes impuestas por una Suprema Inteligencia. Perfectas las cosas, excelentes las leyes bajo las cuales existen, Dios, únicamente Dios, pudo haberlas hecho y sólo Él es quien gobierna al Universo.

En ese mundo tan grande, no obstante ser microscópicos los cuerpecillos que lo componen, en el cual viven y se reproducen las células, el investigador armado del microscopio va encontrando una tras de otra la perfección de cada elemento y reconoce que los elementos viven y se reproducen en virtud de leyes vitales y fisico-químicas tan sabiamente ordenadas, cual era de esperarse del saber del Legislador. Acabamos de ver en la somera descripción que se ha hecho de la generación de las células, cuán grande es la sabiduría que se manifiesta en los admirables procesos que tienen por resultados la creación en unas circunstancias de nuevos elementos, la concepción en otras de nuevos seres que heredan algunos ó muchos de los caracteres y cualidades de los progenitores que han secretado los dos elementos que se conjugan para producir un individuo. El cuerpo que resulta dice el sabio Sr. Cajal, es el producto de dos esferas hermafroditas que provienen de una sucesión de actos que tienden á hacer efectiva la función generadora que tienen que cumplir los pe-

queñísimos organitos que se forman en el óvulo, después de la conjunción de las sustancias nucleares masculina y femenina. Si la consideración que hacemos al presenciar los acontecimientos que podemos apreciar auxiliados por el microscopio y los procedimientos de que se vale la ciencia para escudriñar lo que se oculta á nuestra simple vista, en el magnífico proceso (magnífico aunque se cumpla en el microcosmos) de la segmentación generadora de las células, nos llena de admiración, ¿cuál sería nuestro asombro si nos fuera dado conocer lo que no ha podido comprender la ciencia respecto de actos ejercidos por partículas imperceptibles, determinados por estímulos misteriosos y regido por leyes, aunque incógnitas, positivas? ¿Pero qué avanzaríamos, si llegando á conseguir penetrar en lo insondable de lo exiguo, entre lo pequeño, no quisiéramos ver allí la causa de lo que pasa en el mundo de la histología, como desdeñamos confesarla ante lo que acontece en el firmamento en donde girando innumerables astros, no bastan para llenarle? ¡Ciegos voluntarios, seducidos por el enemigo del hombre, que no creéis en Dios, pero sí en el absurdo del efecto sin causa, os llamáis filósofos!!! La Filosofía es la ciencia de la verdad... Dios es Verdad!!!

Mientras mayor exactitud existe en una obra de arte que es curiosa por lo reducido de su tamaño, es más grande el talento de su autor, siendo por tanto digno de admirarle y alabarle por la atención, la destreza, la firmeza de mano y tanto de lo que ha puesto de su parte el artista en la ejecución de su obra. Pues cualquiera obra de esta clase, por perfecta que sea, no puede ponerse en comparación con esas obras maestras que hace el Artífice divino á cada instante; millares de células manejadas por Dios engendran por procesos admirables nuevas células bajo la influencia de leyes fisico-químicas y vitales y en cada cuerpecillo que apenas llega una de las más grandes, el óvulo, á dos décimos de milímetro, las sustancias, se puede decir, imponderables, encerradas en cada uno de esos limitadísimos espacios de las células, son influidas por leyes mandadas de un Legislador sapientísimo siendo por esto en estas pequeñeces el trabajo de la naturaleza tan eficaz, y provechoso, como lo es en la extensión del microcosmos el movimiento que determina el ejercicio de las grandes funciones regidas por leyes físicas y químicas por las cua-

les la tierra, las aguas, la atmósfera conservan su modo de ser en medio del continuo cambio de elementos que se verifica sin cesar entre los fluidos y el árido y conservan su modo de ser también las grandes masas de los cielos. La materia no es Dios, ni tampoco el Espacio, pero sí la Sabiduría, la Omnipotencia, la Providencia en el Espacio, en la materia están presentes; en suma, Dios está en todas partes y Dios lo gobierna todo con la Bondad infinita que nunca se aparta de Él; por éso en todo se manifiesta lo que sabe Dios, lo que puede Dios, cómo provee Dios. *Si ascendero in coelum, tu illic es: si decendero in infernum ades.... Quia tu possedisti renes meos: suscepisti me de matris mea.... Confitebor tibi quia terribiliter magnificatus es: mirabilia opera tua, et anima mea cognoscit nimis.... Non est occultatum os meum a te, quod feciste in occulto: et substantia mea in inferioribus terrae. — Imperfectum meum viderunt oculi tui, et in libro tuo omnes scribentur: dies formabuntur, et memo ia eis.* Salm. CXXXVIII.

CAPÍTULO XXVI.

El sistema nervioso.—El fluido nervioso.—Reflexiones.

Al ocuparme en los capítulos anteriores de la concepción y desarrollo del hombre, me propuse ser breve, con el objeto de hacerle menos pesada la lectura al paciente lector que llegue á recorrer la revista de los conocimientos que he adquirido en el estudio de esos interesantes asuntos. Con excepción de mi deseo, que es bueno, todo lo demás ha estado y está en contra de la voluntad que he tenido de hacer una obra perfecta, digna de ser ofrecida á Dios como acto de admiración y de alabanza: mi talento é instrucción, el tiempo con que cuento, los recursos, son escasísimos. ¡Ojalá que todo esto hubiera estado en relación con mi anhelo de glorificar á Dios por sus obras; mi producción se habría acercado á lo perfecto! En mi imposibilidad, le digo al Señor: aquí está mi humilde ofrenda, y al decirlo, ya sé que por lo mismo de ser humilde, Su Majestad la recibe, pues le agradó más el óbolo de la pobre

viuda que todas las demás ofrendas. Permite, Dios mío, que continúe exponiendo las consideraciones que hago al estudiar algunos de los prodigiosos aparatos y sistemas que funcionan con tanta perfección en el organismo humano.

Entre los innumerables prodigios, porque tales son la estructura y conformación de los órganos y las funciones que ejercen, se presenta, en primer lugar, á mi consideración, el sistema nervioso, que es una de las obras que más honra le dan á Dios nuestro Creador. Su constitución es tan maravillosa, como excelentes sus funciones, de las cuales las que más tienen derecho á esa calificación, son las que por el estímulo del alma se ejercen para manifestarse en cuanto es posible, mientras está encerrada en la estrechez del cuerpo.

Si el físico, con el caudal de conocimientos que posee, no conoce aún la naturaleza de la electricidad, y seguramente la ciencia investigará años enteros sin llegar á definirla, el fisiologista, más angustiado en su ciencia, jamás dejará de afanarse registrando, buscando en los arcanos el sistema nervioso, algo que le enseñe qué es ese fluido que lleva y trae la correspondencia del cerebro á los órganos y de éstos al cerebro. Si por desgracia, siguiendo el laberinto por el cual pasan las corrientes nerviosas, busca en la materia el investigador la causa eficiente de las facultades de la inteligencia, de la memoria y de la voluntad, encontrará órganos delicados y de estructura bellísima, y no viendo más que materia, supondrá que esos preciosos órganos son los principios causales de aquellas facultades, y no viendo al espíritu, niega su causalidad. La excelente organización que constituye al encéfalo, es para los hombres que niegan la verdad de la revelación lo que más lo ciega, pues por ella, creen, se ejecutan las acciones calificadas de espirituales. Sin embargo, á pesar de la magnífica organización del cerebro, no tiene el materialista la satisfacción de poder comprender muchos de los fenómenos psíquicos, que á cada instante se observan en la vida del hombre, y si tiene que sentir verse obligado á confesar que es más incomprendible la razón humana, considerada como resultado del funcionamiento de una organización, que siendo expresión de la actividad espiritual, y que más fe ciega se necesita para creer en el poder material del cerebro como factor autómeta de todo lo que